

## patricia espinosa

Si hay algo que definitivamente logró imponer el letrado posmoderno a la novela chilena fue la estigmatización de todo aquello que lograra entretener al lector. Todo ocurre como si el novelista posmoderno estuviese obligado a que el lector adhiera primero a su propuesta estética, o ideológica, o moral, o política, y luego, sólo después de obtenida la sumisión del lector, podrá venir la diversión. La máxima es "apréndete mis claves para que me encuentres bueno". Se traslada así el pacto simbólico desde el lugar común entre escritor y lector -el gran lugar común de todos los bienes simbólicos- hacia el dominio más privado, más exclusivo, de un escritor que ya no seduce, sino que exige fidelidad.

Gonzalo Contreras "arrastra", y me parece más que un don, un lastre, cierta fama de escritor serio, de grandes y, cómo no, inteligentes ideas. *El gran mal*, la suma de pequeños males devastadores, es su última y tercera novela en la que nuevamente arremete con tales temáticas, sin embargo, esta vez, atravesadas por el culto al lugar común, pero con una gran capacidad para encadenar historias y para seducir. Y qué más trillado que la triste y melancólica historia del pintor Marcial Paz y su sobrino Ricardo Vila, hilo conductor del relato. Un tipo solitario, nimio, epiléptico y autocastrado, al que aparentemente no le sucede nada más que ser el sobrino de Marcial Paz. Vila es el encargado de escribir la biografía de su tío y para ello se instala en los faldeos de la cordillera metropolitana (simplemente un dato anexo, ya que podría suceder en cualquier sitio) donde entabla una ambivalente relación con una joven mujer. Demás está decir, que ambos comparten el problema de la creación artística.

Contreras adopta un esquema narrativo basado en el esquematismo del reconocimiento, es decir, la reiteración de clichés culturales. Encontramos así la figura del pintor maldito, por ende, desadaptado, bohemio y con un incierto futuro artístico. Paz viaja, obviamente, a París, Tánger, Nueva York y México. El sobrino por su parte, como una sombra, en el pasado sigue sus pasos, y desde el futuro le rinde culto por medio de la escritura. Pero lo importante es que la vigencia del cliché puede leerse, en este caso, como la confianza en un pacto simbólico que mantiene la pervivencia de los elementos narrativos rellenos de un modo siempre inédito, a partir de la mirada particular de un individuo.

Vila, el sobrino, construye una biografía a partir de inexactitudes, recuerdos vagos. Rearma los restos, las sobras deshilachadas, de una historia llena de fracasos propios y ajenos. La idea de escribir la vida de un otro, especularmente, significa acá también escribir la propia. Autofetichizarse, "ser alguien", escapar -en cierto modo- de la nada, se convierte en el propósito de Ricardo Vila.

De este modo se hace cada vez más pronunciado el desfase entre las expectativas de lectura satisfechas por medio del reconocimiento, me refiero al predominio del cliché, y la subjetividad. Es por ello que mientras cada vez se vuelve más clara la historia del pintor, se llena de incertezas y oscuridades la del sobrino, que sólo se deja ver a través de pequeñas y encubiertas intensidades. *El gran mal* resguarda la intimidad del protagonista, entroniza la función de la memoria y la necesidad de búsqueda. Una búsqueda que funciona como un enorme espacio en blanco o quizás apenas como una rendija y, aunque pueda sonar obvio, tendiente a la rearticulación del diezmado pensamiento utópico. *El gran mal*: la historia de una servidumbre o más bien de una fuga sin fundamentos, que para recelar de su eficacia ha debido construirse una alteridad a la medida.

Un riesgo es éste de jugar con el cliché, pienso incluso en la pomposa fraseología de la contratapa, pero Contreras, incluso con una que otra patinada estilística y un dosificado efectismo, ha podido desestabilizar y reeditar su propio proyecto con una buena novela. **R**



EL GRAN MAL.  
Gonzalo Contreras.  
Alfaguara, 1998.  
330 páginas.

Docinante N°5, marzo 99 7-18  
652497